

“EL TESTIMONIO CRISTIANO EN EL ÁMBITO EDUCATIVO:  
CARÁCTER INTEGRAL DE LA EXPERIENCIA EDUCATIVA”

**Jornada Diocesana de Enseñanza**

Madrid, 5 de marzo de 2011

*Introducción: la figura de un maestro*

Comenzamos proyectando un video donde se reconoce a un maestro. Es el gran director de orquesta Riccardo Muti, en la entrega del premio al mejor músico del año en USA. La calidad de la reproducción no es muy buena, porque está bajado de Youtube. Es necesaria por nuestra parte una atención para seguir el inglés muy sencillo y leer los subtítulos. Creo que merece la pena:

[http://www.youtube.com/watch?v=fXTKi\\_HmMVC](http://www.youtube.com/watch?v=fXTKi_HmMVC)

En el video se identifica de algún modo el resultado logrado de una educación, en el sentido de que este gran director de orquesta hace pensar en un maestro. Lo propongo hoy no tanto por su fama mundial –que se puede alcanzar o no, como sabemos también por los ejemplos de espléndidos maestros que no han aparecido nunca en un periódico o televisión- sino por algunos rasgos que nos ayudan a identificar el resultado de una educación, lo que hace que uno pueda a su vez ser educador: hemos visto su autoridad profesional y moral, su carácter de discípulo respecto de otros maestros, su conciencia de seguir aprendiendo siempre, su apertura a la totalidad de la realidad, hasta llegar a Dios. Es un adulto que tiene algo que decir, una experiencia viva, en este caso de la música, que sigue deseando comunicar a todos. Y lo puede decir ante todos, en público, con la certeza que se transparentaba en sus palabras.

Si he querido empezar con este pequeño ejemplo es para destacar enseguida que la educación es la gran cuestión del adulto. Es decir, es nuestra preocupación como maestros, como padres de familia, como sacerdotes, como hombres que quieren comunicar a otros hombres, más jóvenes, algo que consideran decisivo para el bien de sus vidas. Sé bien que la educación es un fenómeno muy complejo y que conlleva muchos niveles de actuación. Sería imposible abarcarlos todos en una intervención como ésta. Dejaré por tanto muchos aspectos de la tarea que hay que desarrollar diariamente en un aula, para centrarme en lo que considero decisivo, lo relativo a la persona del educador.

Dicho de otro modo, no voy a dar recetas de aplicación fácil o sugerencias sobre tecnologías –algo que tampoco sabría hacer por otro lado y para lo que hay buenos especialistas--, sino que me voy a referir principalmente a nosotros, los que estamos aquí, los adultos que deseamos educar. Y lo voy a hacer –como no puede ser de otra manera—en la perspectiva que nos es propia, la de cristianos que queremos comunicar a los jóvenes lo más bello y más grande que ha sucedido en nuestra vida: el encuentro con Cristo vivo en su Cuerpo que es la Iglesia.

Cuando digo que no voy a ocuparme de muchos aspectos por así decir técnicos o institucionales del sistema educativo, ¿estoy con ello abogando, nada más empezar, por una especie de abandono o minusvaloración del sistema educativo y sus estructuras? En absoluto, persigo exactamente el propósito opuesto: ver cuál es el mejor modo posible de volverlo útil, de que cumpla su finalidad. Y para ello debemos situarnos en un punto de partida abierto a la totalidad de los factores de lo real, porque si en el arranque aceptamos una perspectiva reducida de lo que es educar, las posibilidades de respuesta convincente se evaporan. Debemos preguntarnos por la dinámica más propia de la relación educativa entre profesor y estudiante.

Por otro lado, nos hemos reunido para hablar de la tarea educativa hoy, en el contexto social y cultural en el que nos encontramos, no hace diez o veinte años. Debemos arriesgarnos a identificar algunas cuestiones que afectan al mundo educativo tal y como se presentan hoy. A mi modo de ver, la tesis fundamental de la que nos tenemos que ocupar en el ámbito educativo tiene dos aspectos, que son como dos caras de una misma moneda. Por una parte hay que afrontar la condición humana actual, en la que viven los estudiantes y también nosotros, una cuestión antropológica por tanto. La segunda cara del problema se refiere a la naturaleza propia de nuestra fe cristiana y su capacidad de afrontar esa condición, para lo cual anticipo que es imprescindible que se trate de la propuesta de la fe católica en la integridad de sus elementos, superando algunas presentaciones reducidas o deformadas del anuncio cristiano. Vayamos por partes.

### *1. En el mundo de hoy*

¿En qué contexto nos encontramos hoy para emprender la tarea de educar? Observadores muy autorizados en distintos países de Europa han hablado de una “emergencia educativa”. Vamos a describir algunos elementos que justifican ese diagnóstico.

*A. La “debilidad del yo”*

*Dificultad para conocer la realidad tal y como se nos presenta*

Si queremos identificar uno de los mayores desafíos para la educación, que afecta a cualquier persona, podemos enunciarlo como un debilitamiento de la experiencia original del hombre, del núcleo irreductible de evidencias y exigencias que constituye el corazón de la persona en su relación con la realidad. “Lo que está en crisis es este misterioso nexo que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental, que es nuestro íntimo sustento” (Zambrano). Aunque se podría pensar que ese debilitamiento es sobre todo de naturaleza psicológica o moral –y no faltan desde luego esas consecuencias—creo que hay que llegar a su raíz más profunda que es antropológica y epistemológica. Existencialmente se trata de la dificultad para reconocer y acoger la realidad tal y como nos aparece inmediatamente –es decir, manifestando su fundamento misterioso- sin plegarla a la medida de lo que uno ya cree saber de antemano. Hoy estamos expuestos constantemente a reducir la realidad del mundo y de los hombres a objetos de nuestro dominio y, con ello, a quedarnos en la superficie de la vida. Las consecuencias pueden ser muy graves.

Una anécdota, que también procede del campo musical, nos puede ayudar a comprender lo que quiero decir: “Un director general de una compañía tenía una entrada para asistir a un concierto, donde se interpretaba la Sinfonía nº 8 Incompleta, de Schubert. Como no podía ir, le regaló la entrada al jefe de personal. Al día siguiente, le preguntó si le había gustado el concierto, y el jefe de persona le respondió: «a mediodía tendrá en su mesa mi informe». Cuando recibió el informe que nadie había pedido, el director general leyó con sorpresa su contenido dividido en cinco puntos: 1º) Durante considerables periodos de tiempo, los cuatro oboes no tienen nada que hacer, se debería reducir su número y distribuir su trabajo en el resto de la orquesta, eliminando picos de actividad; 2º) los doce violines estuvieron tocando la misma nota por lo que la plantilla de violinistas debería reducirse drásticamente; 3º) no sirve para nada que los metales repitan sonidos que ya han sido interpretados por las cuerdas; 4º) si estos pasajes redundantes fueran eliminados el concierto podría reducirse a la cuarta parte; 5º) Si Schubert hubiera tenido en cuenta estas indicaciones hubiera acabado su sinfonía”.

Hasta aquí la anécdota. Pero lo que le pasó a ese director de personal con la música podría sucedernos con el conjunto de la vida, y ya no provocaría sonrisas. Si man-

tuviéramos esa postura, no llegaríamos a conocer de verdad lo que la realidad nos ofrece (el trabajo, el amor, la enfermedad y la muerte) y no percibiríamos su misterio, quedándonos en la pura superficie previsible de la apariencia, entusiasmante o anodina, o dolorosa según los casos. Porque la vida no es sólo una primera apariencia sino que las circunstancias despiertan originalmente en el hombre un asombro, una atracción única, en cuanto orientan a un fundamento misterioso, a un más allá infinito –como ha visto muy bien Muti— que aparece desde dentro de la realidad misma, y corresponde a las exigencias infinitas de verdad, bondad y belleza que constituyen su corazón en la apertura a Dios.

Esta extraña incapacidad alcanza también a la percepción de uno mismo. Se hace difícil que uno perciba que es en sí mismo un misterio, en cuanto que está en relación constitutiva con el Misterio de Dios a través de su estar en la realidad (cf. GS 19-21). Llamamos a este fenómeno “debilidad del yo” porque nos debilitamos en el conocimiento del sentido del mundo, de los demás hombres y de nosotros mismos, quedándonos en la superficie esquemática o ideológica de las cosas, y por eso se ha llegado a afirmar que el tipo humano de la sociedad postindustrial es un “*anima technica vacua*” (Von Balthasar).

Las manifestaciones culturales de esa debilidad del yo son aparentemente muy dispares pero se ven favorecidas por la misma causa. Indico tres a modo de ejemplo. En primer lugar la ideología del llamado “universalismo científico” –que hay que distinguir cuidadosamente del valor indudable del saber científico. Consiste en la reducción por la que el *homo technicus* se separa de sí mismo y acaba por concebirse impersonalmente, como reducido a mero objeto de estudio. Acepta ser explicado exhaustivamente mediante la descripción impersonal de sus infraestructuras genéticas, biológicas, psicológicas o sociológicas. Con ese estudio se adquieren conocimientos sectoriales válidos, pero se elimina arbitrariamente la primera evidencia que está en el origen del propio conocimiento: qué sentido tiene el estudio que se pregunta por el sentido de cualquier realidad y en particular de esa realidad que es él mismo. En segundo lugar podemos indicar las ideologías que están en la raíz de los sistemas políticos totalitarios y del fanatismo extremista, como supo ver Hannah Arendt: “la preparación [para el totalitarismo] ha tenido éxito cuando (...) los hombres pierden la capacidad tanto para la experiencia como para el pensamiento. El objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existen la distinción entre el hecho y la ficción, y la distinción entre lo verdadero y lo falso”. Y en

tercer lugar, la difusión creciente de la “realidad virtual”, de la que la trilogía *Matrix* constituyó como un emblema. No es éste el lugar adecuado para presentar en detalles tales manifestaciones, para estudiar sus evidentes diferencias pero también las coincidencias desde el punto de vista antropológico.

Según una cierta mentalidad difusa también en el ámbito educativo las cosas -y no pocas veces las personas- se estudian y se describen como objetos dentro de un proyecto cuya finalidad no parece ser otra que ver hasta dónde llegan las aptitudes técnicas o científicas del hombre. En lugar de la apertura a lo real y su acogida amorosa, se busca someter lo real, en un doble sentido: como afirmación de un poder que no admite límites y, consecuentemente, como autodefensa del hombre pues sospecha que lo real puede constituir una amenaza a ese intento de poder ilimitado. En ese camino que tiende a hacer del hombre tan sólo un experto en algún campo del saber o la técnica, cabe preguntarse si queda margen para buscar aquel conocimiento que no termina en mera información sino que alcanza la sabiduría. Juan Ramón Jiménez evocaba bellamente esta necesidad de no descuidar el misterio del propio yo: “Todos los días, yo soy yo, pero ¡qué pocos días yo soy yo! (...) ¡Ve despacio, no corras, que el niño de tu yo, recién nacido eterno, no te puede seguir!”. Cuando se pierde de vista esta necesidad de comprender el significado de la propia experiencia personal, la acumulación de conocimientos parciales no lleva a una maduración, a un incremento de la personalidad de quien adquiere tales conocimientos. El saber se cultiva entonces como instrumento de dominio, al servicio del propio poder, y la educación se reduce a proceso de adiestramiento en el manejo de capacidades. El conocer verdadero por el contrario está llamado al reconocimiento de la realidad como signo, como un “dato” que proviene de Otro y es portadora de un significado irreductible a la propia precomprensión, y, en última instancia, tiende a la unidad amorosa con esa realidad y su significado.

*De la separación de la realidad al rechazo del “don”*

La separación del hombre respecto a la realidad y respecto a sí mismo, en el orden del conocer desemboca en el rechazo de cualquier principio absoluto, de cualquier fundamento, es decir, la debilidad en el reconocimiento y la adhesión a la verdad conlleva una opción de la libertad en contra de lo que hay frente a él y no se le somete. Arendt trazaba la parábola de la modernidad occidental como una progresiva pérdida de confianza en la realidad, que reniega del agradecimiento original –propio de la experiencia elemental- en aras de una postura hoy muy difusa prácticamente y que ella de-

nomina “resentimiento” ante la realidad. Se trata de un factor que puede tener gran importancia para la tarea educativa.

Si queremos ir resumiendo este apartado, ese rechazo se pone de manifiesto en las dos consecuencias principales de ese debilitamiento del yo, que ya hemos mencionado. Por una parte *se pierde la capacidad de asombro* y estima por el misterio de la realidad, reducida a pura apariencia y convertida en mero objeto de dominio, sea para obtener mayor poder, mediante el uso ideológico de la ciencia y la técnica o para obtener mayor satisfacción, reduciendo a las personas a objeto de intercambio de un placer que pierde su gozo real. Por otra parte, *el sujeto así separado de la realidad y su significado no se hace más poderoso* –como pretendía- sino, al contrario, más vulnerable, más frágil, más inseguro. En la vida cotidiana el hombre medio vive separado de su propia experiencia original a la hora de reconocer el significado eterno de su trabajo, el valor definitivo de sus relaciones afectivas, o la urgencia de construir una sociedad más justa, por citar algunos aspectos de la vida. Está cada vez más a merced de las campañas mediáticas de opinión o de la publicidad de masas, en una sociedad que no por casualidad enfatiza el ocio, la “di-versión” como evasión de la realidad, pero sobre todo, evasión de sí mismo.

Observamos así que muchos sujetos con los que nos encontramos en nuestros días –quizá podemos llamarlos posmodernos—están debilitados e inseguros, y en vez de abrirse a la pregunta por su felicidad, al menos en la modalidad de la nostalgia, de la insatisfacción o del dolor, se vuelven a cerrar en un “criticismo exasperado”, que rechaza con resentimiento la existencia de cualquier aspecto de la realidad que no le confirme en su pretensión de ser arbitrariamente ilimitado: “todo me es debido” sería hoy el lema de muchos, jóvenes y no tan jóvenes.

### *B. La reducción del Hecho cristiano y su capacidad educativa*

La reducción del hombre a que nos hemos referido va acompañada históricamente en el proceso de la secularización por una reducción a la hora de comprender la naturaleza del cristianismo. Ambos aspectos se han dado simultáneamente en el tiempo y actúan el uno sobre el otro. No podemos explorar ahora un itinerario que ha sido largo y muy complejo.

Para nuestros efectos de hoy, basta con recordar una consecuencia muy importante de este recorrido: las realidades mismas de la fe se pueden ver afectadas por ese

debilitamiento que hemos descrito. El hombre creyente, cuando absorbe los planteamientos de la reducción moderna de la razón, va colocando la fe en el espacio que le deja libre esa razón. Ahora bien, puesto que la razón moderna reduce la profundidad de lo real, es inevitable que la fe termine situada en los márgenes de la realidad que la razón conoce y domina: sólo le quedarán el sentimiento o la pura interioridad. Ya no es una modalidad (por gracia) de conocimiento y de adhesión a la realidad, como la había entendido por ejemplo Santo Tomás (II-II q.2 a.2). Ese fenómeno ha sido denominado por Juan Pablo II como el “drama de la separación” entre fe y razón (FR 45), y en él la fe aparece como un añadido o una superposición a una razón que explica totalmente la realidad previamente reducida. Romano Guardini describe de este modo el cristianismo dividido y frágil que caracterizó la época moderna: “Entonces [después de la concepción unitaria medieval] comienza la separación. La filosofía se separa de la teología, la ciencia empírica de la filosofía, la indicaciones prácticas del conocimiento del ser. Esta preocupación que podía tener su legitimidad... es también peligrosa porque profundiza y cristaliza la ruptura espiritual del hombre moderno. Lo que nos importa aquí es que la unidad de la conciencia también se fragmenta en los cristianos. El creyente ya no está con su fe dentro de la realidad del mundo, así como, por otra parte, tampoco se puede encontrar el mundo dentro de su fe”. Lo que Guardini advertía en su época tiene hoy una consecuencia importante, como ha visto el gran biblista alemán Heinrich Schlier, cuando señala que se está produciendo: “un creciente alejamiento, una extrañeza entre la mentalidad común y la fe cristiana... Para la sensibilidad general y pública, términos cristianos fundamentales y su significado se han vuelto en gran medida incomprensibles”. Estando así las cosas, quien quiera usar las palabras cristianas tiene que asumir una tarea hasta ahora inédita: “debe suscitar también el significado de la realidad de la que quiere hablar”. La prueba de que estas preocupaciones no se circunscriben a un grupo minoritario de autores geniales, sino que identifican el problema nuclear de la Iglesia hoy, nos la ofrecen los múltiples textos del Magisterio sobre la “separación fe-vida” (GS 43, VS 88). Recientemente Benedicto XVI volvía a recordarnos que “el cristianismo será decisivo para la vida de los hombres si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad” (Discurso al *Pontificio Consejo para los Laicos* 2010).

Un cristianismo que arrastre esa división entre la fe y la vida corre el peligro de resultar superfluo para un hombre adulto. Es tan improbable esperar de un cristianismo así que eduque adecuadamente como lo es de la mentalidad reduccionista en la que se inspira. Si uno de los resultados del proceso educativo moderno-posmoderno es la frag-

mentación del saber en múltiples especialidades que pierden la unidad del saber, otro tanto habrá que decir de los procesos de educación en la fe que son culturalmente deudores de esa mentalidad. La proliferación de cursos y cursillos sobre aspectos cada vez más minuciosos de la actividad formativa (análisis de la sociedad, encuestas, presentaciones técnicas de acciones especializadas...), en los que se suele introducir a los educadores, hace pensar que el modelo pedagógico dominante está todavía influido por esta tendencia a concebir la educación como una acumulación de saberes particulares, para la formación de expertos. Sin embargo, es posible otra concepción del hombre y del hecho cristiano, que permita una educación integral de la persona.

## *2. La educación como introducción a la totalidad de lo real*

Aunque la pedagogía se sigue ocupando seriamente del fenómeno educativo, no es fácil encontrar una definición que sea a la vez tan comprensiva y tan sintética como la que ofrece Jungmann, cuando define, de modo elemental, el fenómeno educativo como «una introducción del hombre en la realidad total». Lo comento siguiendo las pautas de otro gran educador, Luigi Giussani (*Educación es un riesgo*).

En esta definición el adjetivo *total* tiene un doble valor: se trata, por un lado, de desarrollar las estructuras de la persona para que alcance su realización integral, y, por otro lado, se trata de que la persona esté en relación con todas las dimensiones de la realidad. Realización total de sí mismo en relación con la realidad entera: he aquí el fruto de un proceso educativo correcto, que podemos denominar también “unidad de la persona”.

Como en la relación educativa se pone en juego el hombre a lo largo de todas las fases de su desarrollo respecto a la realidad entera, la educación acompaña al hombre *durante toda su vida*: el hombre estará siempre inmerso en un proceso educativo.

El motivo que justifica este carácter permanente de la educación proviene de la *índole propia de la razón humana*, entendida como “conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores”. En efecto, el hombre es un buscador infatigable, como recordaba FR, que vive en una tensión de apertura a todos los aspectos de la realidad, intentando comprender sus relaciones entre sí y en su conjunto. En esta búsqueda, el impacto con las cosas despierta las exigencias de la razón y aviva cada vez más el deseo de conocer la propia vida y la realidad circundante. Dadas estas características de la razón, el

hombre no se pacifica mientras no llega a descubrir el significado de las cosas, ya que no hay posesión humana de la realidad si no va acompañada de su significado completo. Mientras realiza cada una de sus acciones, el hombre tiende inevitablemente, aunque muchas veces no lo piense, a un horizonte más amplio y más profundo que le dé el significado completo de aquel aspecto particular en el que está comprometido, como apuntaba magistralmente Dante: “Cada cual concibe confusamente un bien en el cual el alma se complace y lo desea; por lo cual, todos luchan por alcanzarlo” (*Purgatorio* XVII). El progreso imparable de las ciencias y de la vida social muestra bien a las claras cómo la actividad humana se ve siempre empujada, en virtud del carácter racional del sujeto, hacia un horizonte de apertura total.

El hombre no entra en esta relación con la realidad a partir de cero, por así decir, sino que su punto de arranque es la *tradición humana* en la que ha nacido y que le ofrece una primera hipótesis de interpretación de cada descubrimiento que hace al vivir. No está obligado a rehacer trabajosamente por completo cada aspecto de la vida social, científica o humanista, sino que se beneficia de muchos conocimientos que le facilitan su propio e inalienable esfuerzo personal. La tradición aparece pues como un componente ineludible del progreso humano en el conocimiento de la realidad. Existencialmente se concreta por medio de la relación educador - educando. En efecto, cuando se está ante una personalidad rica en algún aspecto de la vida (un gran deportista o un gran médico, o un gran músico...) pero, sobre todo, cuando se encuentra a una personalidad rica en la sabiduría misma de la vida, se produce esa impresión de novedad que despierta la curiosidad, la atención, el respeto y nos dispone a conocer. La capacidad de apertura a todas las dimensiones de lo real y la exigencia de alcanzar la verdad se ven así facilitadas, porque estos dinamismos se ponen en movimiento ante la provocación de alguien que aparece a los propios ojos como una *autoridad* en el sentido etimológico del término (*auctoritas* de *augeo*, incrementar, hacer crecer).

Basten estos rasgos para una definición provisional del fenómeno educativo, que nos permita orientarnos en nuestro recorrido. La educación entendida como introducción a la totalidad de lo real es un proceso que dura toda la vida, en virtud de la racionalidad del ser humano que se abre a la infinita realidad, y su modalidad existencial requiere el encuentro con un “maestro”, es decir, con alguien en quien se reconoce ya realizado aquel valor que se desea adquirir. Es más, sólo cuando el maestro al que se sigue es “el único Maestro”, entonces la introducción en la realidad es definitiva y la

adhesión a Él sacia por completo la exigencia de racionalidad y libertad típica del hombre.

La tradición bimilenaria de la Iglesia ha acumulado una experiencia educativa en todos los campos del saber humano de tal manera que, con su vida entera, la Iglesia ha educado, es decir, ha comunicado el significado efectivo de la existencia a generaciones de hombres de todos los continentes (experiencia reciente en Angola).

### 3. *El testimonio y su verificación integral*

La categoría integral que expresa una posición educativa humana y cristiana es la categoría de *testimonio*. En este momento sólo esbozamos un inicio de respuesta a la pregunta por la dinámica educativa completa. Ofrecemos de modo sintético la respuesta de la fe, teológica, al problema de un cristianismo dividido entre la fe y la vida. Para ello examinamos el método con el que el Padre celestial ha querido educar a los hombres: “serán todos discípulos de Dios” (Jn 6,45). Dios no ha querido comunicarse a los hombres a través de una idea sino que ha elegido darse a conocer a través de un figura histórica concreta: su Hijo unigénito encarnado por nosotros y por nuestra salvación. “La Palabra de Dios no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad. Así se entiende por qué «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»” (*Verbum Domini* 11). Se trata, dice el Papa a continuación, de un “encuentro” que tiene el carácter de una “experiencia viva”, de la que se sigue un “asombro” ante algo que no podría inventar el hombre y por tanto una impresión de “novedad inaudita y humanamente inconcebible”.

Si Cristo es la Verdad viviente con la que uno se encuentra y le produce asombro, y una impresión de novedad, de aquí se sigue el criterio educativo esencial: es imposible separar de manera adecuada “lo que” Él enseña y “cómo” lo enseña o lo propone porque “en el misterio de la encarnación del Verbo, en el hecho de que Dios se ha hecho hombre como nosotros, se da tanto el contenido como el método del anuncio cristiano” (Benedicto XVI a la *Congregación del Clero* 2009).

En Jesucristo, por tanto, la Verdad hecha carne ha decidido, a la hora de darse a conocer, pasar a través de la libertad de los hombres. Esto no significa, como es lógico,

que la libertad humana constituya la verdad, exponiéndonos al peligro de un relativismo epistemológico. Significa sencillamente que en cada acto del hombre, a la vez un acto de comprensión (teórico) y de acción (práctico), la Verdad, que es simultáneamente el Bien, interpela al yo y le urge a que la reconozca, es decir, le urge a que dé testimonio de ella: “esto es verdad”. Sólo el testimonio, en su consideración más completa puede expresar adecuadamente el encuentro del yo y la realidad, y en particular entre el yo y Cristo. En una época como la nuestra ciertamente hay que decir que sólo el testimonio es digno de confianza, como vio Pablo VI. Y, por lo que respecta a la tarea educativa, se comprende por qué no se puede realizar si no es mediante la implicación personal y comunitaria: el encuentro del yo con la realidad exige el testigo –que es el origen de la comunidad. La verdad cumplida no se puede comunicar a través del puro contenido material de un curso, y difícilmente en una enseñanza puramente informatizada o tecnológica –por mucho que tales recursos sean irrenunciables. No se puede prescindir de maestros, de profesores que sean testigos.

Para evitar cualquier reducción del testimonio a un mero “buen ejemplo” y conservar todo su alcance como categoría educativa, puede ser útil recordar que el testigo es el tercero que se encuentra entre dos y que, como lo demuestra el uso jurídico de este término, llama a la libertad de ambos al vínculo con la verdad. Así aparece con claridad la tarea que brota de una auténtica relación entre maestro y discípulo. El maestro está llamado a ser ese tercero –testigo- que mediante su propia experiencia provoca la libertad del estudiante para que se ponga en juego personalmente y dé testimonio de la verdad. También entre profesores, esta dinámica del testimonio es el camino a seguir. El profesor es testigo permanente, para que en cada acto concreto del estudiante o de otro colega, estos puedan acceder a la verdad. La verdad no como algo que se puede poseer por completo al modo de un objeto sino una verdad que se “posee respetando una distancia”.

#### *Conclusión en perspectiva educativa*

Del recorrido hecho hasta ahora se desprende que el hombre es un sujeto unitario, un “yo”, abierto constitutivamente a la relación de conocimiento y amor de la realidad, en la que se incrementa toda la personalidad. Es pues necesario advertir que un conocimiento verdadero y objetivo requiere que el hombre entero esté subjetivamente dispuesto a acoger la realidad. Y esto es tanto más necesario cuando se trata de verdades no puramente especulativas sino relacionadas con el sentido de la vida. Es imposible

conocerlas, como diría santo Tomás, sin una cierta “connaturalidad” con el objeto en cuestión. Por eso, el método que permite esa connaturalidad es el de una verificación, en el tiempo y en el espacio, de una propuesta educativa, en la que el estudiante es acompañado por quien tiene autoridad moral para “educar”, para introducir en la totalidad de lo real.

La validez de esa propuesta educativa no se puede “explicar de una vez para siempre”. Cada uno de nosotros que somos profesores estamos llamados a descubrir la verdad de nuestra área del saber y, más radicalmente, la verdad de nuestra propia vida por medio de la realidad que nos sale al encuentro. Ninguno podemos producirla por entero a partir de nosotros mismos. La verificación de la bondad de este planteamiento no puede consistir en una comparación abstracta entre dos (o varios) sistemas de ideas ya confeccionados, para ver cuál incluye más elementos que los demás y así demostrar su verdad, en un ejercicio de la razón desligado de todo vínculo con la realidad. Se trata, más bien, de introducirse en la realidad, mediante la invitación a comprobar libremente una hipótesis, en el recorrido de un camino humano.

Los resultados de un proceso educativo no se pueden medir exclusivamente en el plano conceptual, aunque sea imprescindible, sino en la totalidad de la acción humana que es a la vez racional y libre. La libertad no se puede predeterminar sino que se debe ejercitar en cada situación, que se convierte en ocasión de entrar en el misterio de la realidad. Sólo en esta permanente autodeterminación libre del sujeto, gracias a la adhesión a una propuesta, como bien veía Karol Wojtyła en su descripción de la acción humana, se puede verificar la bondad de un sistema educativo. Con palabras suyas, podemos decir: “tras mucho tiempo he llegado a comprender que Tú no quieres que yo sea padre sin ser hijo. Y precisamente para esto ha venido Tu Hijo al mundo” (*Rayos de paternidad*).